

La batalla de Napoleón de Jena y Auerstedt (14 de octubre de 1806). La suerte de los heridos y la reacción de la población civil

HARALD WENTZLAFF-EGGEBERT*

Friedrich-Schiller-Universität Jena
hrald@wentzlaff-eggebert.de

Recibido: 17 de diciembre de 2008

Aceptado: 21 de marzo de 2009

RESUMEN

En torno al año 2006, con motivo del segundo centenario de la batalla de Jena y Auerstedt, vieron la luz un conjunto de obras que tratan, fundamentalmente, las acciones militares y las consecuencias políticas de la victoria de Napoleón ante Prusia. Sin embargo, las numerosas fuentes en las que se basan tales investigaciones abordan también cuestiones como la de la indescriptible miseria de los miles de soldados alemanes y franceses gravemente heridos que, ya el mismo día de la batalla, inundaban las ciudades de Jena y Weimar. Estas fuentes aportan además información sobre el comportamiento de la población civil, que no se identificaba ni con la una ni con la otra potencia implicada en el conflicto, y no lograba dominar una situación completamente inesperada: los incendios y saqueos por una parte, y la inexistencia de lazaretos o material médico, por la otra. Si bien estos documentos explican, en definitiva, por qué en los días posteriores a la batalla cientos de soldados murieron de forma innecesaria e indigna, invitan también a detenerse en la evidente ausencia –con la excepción de Johannes Daniel Falk– de reflexión crítica al respecto, ya que la vida de la soldadesca no sufrió pérdida de prestigio alguna y todavía tendría que transcurrir más de medio siglo para que fuese fundada la Cruz Roja.

Palabras clave: La batalla de Jena y Auerstedt, Cruz Roja, Napoleón, Jena, Weimar, Johann Wolfgang von Goethe, Johannes Daniel Falk.

* El profesor Wentzlaff-Eggebert ha impartido clases en las Universidades de Múnich, Göttingen, Bamberg y Jena. Su relación con Jaime Cerrolaza se remonta al año 1989, cuando se empezó a fraguar la idea de firmar un convenio marco entre la Universidad de Bamberg y la UCM, que se firmó en 1990. Este convenio sigue disfrutando en la actualidad de una gran vitalidad.

Napoleon's Battle at Jena and Auerstedt (14 Oct. 1806).
Casualties among combatants and its effects on the civilian population

ABSTRACT

Around 2006, on the occasion of the bicentenary of the Battle of Jena and Auerstedt, the literary market witnessed the publication of a number of historical investigations, which are especially concerned with the military actions and the political consequences of Napoleon's victory over Prussia. The numerous sources which serve as a basis for these publications also tackle such questions as that of the unspeakable misery of the thousands of seriously wounded French and German soldiers, who, even on the day of the battle, swamped the cities of Jena and Weimar. These sources also document the behavior of the civilian population, who did not identify with either side and was unable to cope with the completely unexpected situation which ensued: fires and looting, on the one hand; the absence of sickbays and medical equipment, on the other. Even if such sources ultimately explain that in the days following the battle hundreds of soldiers still had to die in an unnecessary and humiliating way, they also invite us to think about the fact that such a situation did not prompt any critical response – with the exception of Johannes Daniel Falk – from the thinkers of the time: the military did not suffer any loss of prestige and it took well over half a century for the Red Cross to finally be founded.

Keywords: The Battle of Jena and Auerstedt, Red Cross, Napoleon, Jena, Weimar, Johann Wolfgang von Goethe, Johannes Daniel Falk.

I

El objeto de las consideraciones siguientes no son las acciones militares, sino las consecuencias locales de la batalla de Jena y Auerstedt. Evidentemente, el tema ha sido tratado ya desde diversos aspectos y también haciendo referencia a personas concretas, pero las condiciones para que el estudio resulte con una adaptación mayor a la realidad histórica han adquirido más consistencia durante los últimos años. Por un lado en relación con el bicentenario de 2006, que dio lugar a la publicación de muchas fuentes¹ y a los siguientes trabajos de investigación: el de Wolf-Jörg Schuster sobre Napoleón en Turingia (²1992, ³2005), el de Birgitt Hellmann con la extensa colección de testimonios personales acerca del mismo tema (2005), el de Holger Nowak y Birgitt Hellmann sobre el desarrollo de la batalla (segunda edición revisada de 2005) así como el de Fesser/Jonscher con la miscelánea acerca de la 'revolución a la sombra de Napoleón' (1998)²; por otro, gracias al proyecto de investiga-

¹ Cfr. la nueva edición de los Informes de Luden, H. ("Die Schlacht von Jena") y de Schopenhauer, J. ("Brief an Arthur Schopenhauer vom 18./19. Oktober 1806") llevada a cabo por Von See, K. y Wiessner, H. L. (eds.), *Heinrich Luden, Johanna Schopenhauer: Die Schlacht von Jena und die Plünderung Weimars im Oktober 1806*. Heidelberg: Winter 2006, 75-109.

² Fesser, G. / Jonscher, R. (eds.), *Umbruch im Schatten Napoleons. Die Schlachten von Jena und Auerstedt und ihre Folgen*. Jena: Bussert 1998.

ción n° 482 de la Sociedad Alemana de Investigación denominado “Acontecimiento cultural Weimar-Jena en torno al año 1800”, que se dedica desde el año 1997 al estudio de la proliferación de actividades artísticas e intelectuales en esta zona, y en cuyo marco se trabajan de manera intensa fuentes hasta ahora desconocidas o, por lo menos, no publicadas³. Desde este escenario se va a observar especialmente en qué medida los espíritus más preclaros de Jena y Weimar se vieron afectados por estos acontecimientos, cómo se comportaron en esta situación absolutamente excepcional y qué consecuencias sacaron de sus experiencias.

Se trataba de hecho de una situación excepcional: en la calle, entre saqueos y acuartelamientos, no sólo corría peligro toda posesión, sino también la propia vida. A ello se añadía la amenaza directa sobre cada una de las casas, pero también sobre calles completas a causa de incendios provocados de manera consciente o debidos a la negligencia⁴. Además y como consecuencia directa de la batalla, Jena y Weimar se encontraban desbordadas no sólo por vencedores y prisioneros, sino también, y sobre todo, por heridos, aspecto este último, que debe ser algo más tratado e ilustrado.

II

El alcance de los problemas, hoy difícilmente imaginable, generado por los heridos se produjo en primer lugar como resultado de la potencia numérica de ambos ejércitos, así como de la corta distancia que separaba especialmente a Jena del campo de batalla. Esto tuvo como consecuencia, que en la tarde del 14 de octubre y en pocas horas, fueran llevados al centro de Jena entre 6000 y 7000 soldados grave y muy gravemente heridos⁵, un número similar al de los habitantes que tenía Jena en aquellos momentos (Schuster 2005: 241). Para su asistencia médica sólo se contaba por parte prusiana con un único hospital itinerante para 200 pacientes; por parte francesa ninguno⁶. Es decir, sólo había un total de 200 camas para un número entre 6000 y 7000 heridos. Además de aprovechar las casas privadas abandonadas, el comandante francés ordenó como primera medida el acondicionamiento de la iglesia de San Miguel y poco después de la colegiata, del ayuntamiento, del hospital y

³ Durante años he trabajado sobre la obra del hispanista Johann Georg Keil. Cfr. mi estudio *Weimars Mann in Leipzig. Johann Georg Keil (1781-1857) und sein Anteil am kulturellen Leben der Epoche*. Heidelberg: Winter 2009.

⁴ Cfr. Hellmann, B. (ed.), *Bürger, Bauern und Soldaten. Napoleons Krieg in Thüringen 1806 in Selbstzeugnissen*. Weimar und Jena: Hain 2005: 80, 87, 108, 117-118, 228, 233-236 y 238; Nowak, H. /Hellmann, B., *Die Schlacht bei Jena und Auerstedt am 14. Oktober 1806*. Jena: JenaKultur ²2005: 48-51, así como Schopenhauer, J., “Brief an Arthur Schopenhauer vom 18./19. Oktober 1806”, en: von See, K. / Wiessner, H. L. 2006: 89, 92, 93.

⁵ Gurlt, E., *Zur Geschichte der internationalen und freiwilligen Krankenpflege im Kriege*. Leipzig: Vogel 1873 [Nachdruck Vaduz: Saendig 1972]: 181 habla de 5000, Johanna Frommann de un total de 9000 heridos (cfr. Hellmann 2005: 234). En Weimar habrían sido unos 1000 heridos según Gurlt 1873: 181.

⁶ Cfr. Schuster, W.-J., *Napoleon in Thüringen 1806*. Jena: Jenzig ²2005: 204-205. Según Nowak, H. Hellmann, B. 2005: 48 el servicio de sanidad francés estaba en general bastante mejor equipado que el prusiano.

del psiquiátrico, de la sala de armas (esgrima), de la taberna “Zum Bären”, etc. Se destruyó la sillería de la iglesia de San Miguel, que se sacó al exterior, y en su interior se organizó un hospital militar de urgencia (Hellmann 2005: 37 y Schuster 2005: 203)⁷.

Dado que esta medida resultó absolutamente insuficiente, tuvieron que permanecer “más de 4000 heridos al aire libre, a pesar de su estado pésimo, repartidos entre el mercado, la plaza de la iglesia y en las calles”. Y “no se hacía diferencia alguna entre heridos prusianos, sajones, franceses y de la Confederación Renana” (Schuster 2005: 204). La situación que se dio delante de la iglesia de San Miguel queda descrita de la siguiente manera en la narración de un testigo ocular:

Los heridos leves, los también muy graves, si sus heridas no les impedían andar, se contaban más bien entre los sanos que entre los enfermos. Por ello había tantos con las cabezas y brazos vendados sentados alrededor de las llamas tibias junto a sus compañeros de batalla que habían corrido mejor suerte. Quien podía escaparse de las estancias lamentables de la iglesia, iba a toparse con la plaza de la iglesia, que es más alegre. ¿Más alegre? Y aquellos cadáveres silenciados, que se encontraban amontonados en los polvorines y delante de ellos, y los brazos y manos, muslos y pies mutilados, que revelaban que todo el cuerpo al que pertenecían aumentaría pronto el montón de cadáveres, y aquellos dos heridos en su honor hasta lo más profundo y en su cuerpo, que para acabar con su dolor golpeaban la cabeza contra los escalones de piedra, que los conducirían como mucho a la sanación de su cuerpo, y los alaridos y los gimoteos que se escuchaban desde la catedral cercana, que atravesaban el pecho, que partían el corazón; y el grito de

⁷ La situación era similar en Weimar, Erfurt y Naumburg. En lo referente a Weimar Johanna Schopenhauer habla de “la cantidad de heridos que yacían amontonados en los hospitales de campaña, las posadas y el teatro, sin cuidado ni orden ni limpieza” (von See, K./Wiessner, H. L. 2006: 105. El cronista de la ciudad de Erfurt escribe lo siguiente acerca de la noche del 14 de octubre: “Los heridos se acumulaban delante de las casas, porque las instalaciones para su acogida y alojamiento no estaban acabadas y los hospitales aún no estaban organizados, ya que no se había contado con un desenlace tal.” (Hellmann, L. 2005: 47). En Naumburg el curso de los hechos fue igual que en Jena –según las palabras del testigo ocular Johann Karl Gottlieb Mann: “Por la tarde se veían ya los efectos de la batalla; heridos franceses llegaban a pie y en carros, también traían a prisioneros prusianos. Con la mayor rapidez y por orden del comandante francés Chambon tuvo que convertirse la Catedral de San Wenceslao en un hospital. A tal efecto se movilizó a todos los carpinteros, la sillería de las mujeres fue destrozada y los escombros arrojados al exterior; parte de ellos fue recogida por los franceses y quemada. Se llenó la iglesia entera de paja. Las desdichadas víctimas de la batalla llegaban a montones y en poco tiempo se convirtió en el refugio de la miseria humana. Aquí se encontraba un prusiano mutilado que renegaba de su existencia miserable, allí un francés moribundo, que estaba a punto de exhalar su último aliento y que consideraba este momento como el máximo alivio. Debido a la pérdida de sangre y al sudor, una sed punzante atormentaba más que el hambre a la mayoría de los heridos. Las familias que vivían en torno a la iglesia, hombres, mujeres, criadas y niños, y también otras muchas personas piadosas, estremecidas y conmovidas por este espectáculo jamás visto, llevaban agua, vino, aguardiente y alimentos en la medida de lo posible. Sin embargo, esta iglesia no era ni mucho menos suficiente para la acogida de todos los heridos; para ello tuvieron que ser dispuestas la Catedral, la Othmarskirche, la Moritzkirche, varias canonjías, la casa de tiro recién construida, el jardín municipal, algunas casas situadas junto a la muralla de la ciudad y algunos depósitos de bombas incendiarias. Debido al hecho de que por la tarde y durante los días siguientes llegaban cada vez más heridos, también de los pueblos vecinos, todas las casas de la ciudad se convirtieron finalmente en lazaretos. El número de heridos y enfermos en la ciudad y en los suburbios aumentó con toda certeza a 8000.” (Hellmann 2005: 58-59).

lamento y los gritos de socorro, que se perdían aquí en el gran tumulto desde las casas de detrás y las situadas más allá, y la guerra en su imagen más horripilante ante los ojos; y a pesar de ello...¿la plaza más alegre que la iglesia misma? (Hellmann. 2005: 42-43)⁸.

Cuando Johann Danz, testigo ocular de los acontecimientos, habla de manera irónica de la “plaza de la iglesia más alegre”, pretende llamar la atención sobre la situación aún más dramática que existía dentro del edificio. Aquí mueren en pocas horas una gran parte de los muchos cientos de personas, que habrían de ser enterrados ya el día de la batalla⁹.

Probablemente, Wolf-Jörg Schuster tenga toda la razón en su valoración, cuando indica que a muchos heridos graves “la muerte les supusiera la liberación”, ya que “el tratamiento médico sin anestesia alguna era más que insoportable” (Schuster 2005: 204). Ya el 9 de octubre, tras el combate cerca de Schleiz, un cirujano tuvo que hacerse con un serrucho en una ferretería y hacer que los ciudadanos le llevaran vendajes, porque no había otra cosa que una cantidad de patas de palo (prótesis de madera) y muletas (Schuster 2005: 205)¹⁰. Sobre las amputaciones en Jena existe la descripción de un médico, que ahorrará al lector, pero que es, desde luego, exactamente igual a la descripción de una amputación que uno puede imaginarse cuando ésta se lleva a cabo en pocos minutos sólo con un serrucho, unas tenazas y unos hierros candentes (Schuster 2005: 204). Este tipo de medidas médicas constituía sólo parte del trato inhumano. Aún peor que las operaciones, dolorosas hasta lo insoportable, fuera tal vez la falta de todo tratamiento para la mayor parte de los heridos que yacían entre los muertos y que no estaban vendados, los cuales no podían siquiera calmar su sed y tampoco tuvieron ningún tipo de ayuda. También en ese caso se cuenta con el testimonio de un testigo ocular, quien no deja de mencionar, que en los alojamientos públicos provisionales, el patriotismo y el entusiasmo por el emperador victorioso de los soldados franceses eran sustituidos por muestras de disgusto y hasta por consignas rebeldes (Schuster 2005: 206). Indirectamente se confirma esta situación de los hechos en la narración de Johann Wesselhöft, tipógrafo de Jena, cuñado del conocido editor Karl Frommann, al que al día siguiente de la batalla, un suboficial despertó a las 5 de la mañana con las siguientes palabras: “Sobre los escalones delante de la puerta y alrededor de la casa hay gran cantidad de pobres heridos gimientes, prusianos, sajones y de todo. ¿He de abrir?” (Hellmann 2005: 227). Wesselhöft abre la puerta a los heridos graves y leves, se ocupa de conseguir agua caliente y vendajes y llama a dos médicos amigos. Ya que los franceses se habían

⁸ Hellmann cita aquí a Johann Traugott Leberecht Danz, quien publicó a los pocos años su *Ansicht der Stadt Jena in den Oktobertagen 1806*. Jena: Seidler 1809.

⁹ Según Johanna Frommann eran unos 1000 (Hellmann 2005: 234; cfr. también Luden 2006: 63). Schopenhauer 2006: 105 habla con respecto a Weimar de la “cantidad sobrecogedora de muertos sin enterrar, que había hasta el castillo”.

¹⁰ El 7 de noviembre de 1806, Johann Jacob Griesbach cuenta a sus amigos que la cantidad de heridos “necesita tanta tela, que casi nadie tiene ya nada que se le parezca y que se produce una gran confusión cuando se demanda más de lo mismo, ya que se ha sustraído y deteriorado tanto material de esa clase” (Hellmann 2005: 118).

llevado todo el instrumental, ha de utilizar cuchillos caseros y todo aquello que tiene en la casa que pueda utilizarse como hilos de sutura y vendas. En la casa privada de Wesselhöft se opera y se venda, por lo tanto, a todo el que llega y a toda persona se le proporciona comida y bebida.

Esto no es sólo una muestra de amor ejemplar al prójimo, sino también un testimonio de la asistencia médica totalmente insuficiente, que en Weimar no se diferenciaba mucho de la de Jena, tal como se puede deducir de la narración de Johannes Daniel Falk, el cual describe la situación en el Alexanderhof de Weimar (el que más tarde sería el hotel “Zum Russischen Hof”), que tuvo que hacer las veces de hospital de campaña. También aquí se encontraban “amigos y enemigos unos junto a otros de manera pacífica”, dado que no podían ni rozarse debido a las heridas de bala en los pies o en el vientre y yacían “en medio de o junto a sus propios excrementos”. Muchos no pudieron siquiera ser vendados como consecuencia de la carencia del material necesario y muchas operaciones urgentes tampoco fueron realizadas, porque los saqueadores se habían llevado los instrumentos quirúrgicos dado su contenido en plata. Tampoco en Weimar se pudo recoger a los muertos y también aquí se realizaron amputaciones con sencillos serruchos de jardín, y los miembros amputados se arrojaban a través de la ventana al patio, para no perder tiempo alguno. Muchos heridos tuvieron que permanecer sin vendajes al aire libre, donde imploraban a los transeúntes algo de comer o de beber, y también aquí se mezclaban los “improperios y las maldiciones de franceses y prusianos contra los causantes de su desgracia” (Falk¹¹1868: 31-32 y Schuster 2005: 205-206). Además se extendieron a gran velocidad enfermedades como “fiebres tifoideas, tifus, gangrena y sarna”, contribuyendo al alto índice de mortalidad en los lazaretos (Schuster 2005: 207; cfr. también Köhler¹² 1996: 18).

Independientemente de lo que pasó en el campo de batalla Jena y Weimar ofrecieron aquel 14 de octubre un verdadero escenario de horror: por la inseguridad en las calles, por los incendios, saqueos¹³ y acuartelamientos, y sobre todo por la cantidad de heridos y moribundos que precisaban de atención y por el número de muertos que había que enterrar, número que aumentaba de manera constante¹⁴.

III

¿Cómo reaccionó la población ante esta situación excepcional? De una manera a primera vista vergonzosa, pero en el fondo comprensible. En palabras de un contemporáneo:

¹¹ Falk, J., *Erinnerungsblätter aus Briefen und Tagebüchern gesammelt von dessen Tochter Rosalie Falk*. Weimar: Böhlau 1868.

¹² Köhler, A., *Salonkultur im klassischen Weimar. Geselligkeit als Lebensform und literarisches Konzept*. Stuttgart: M&P Verlag für Wissenschaft und Forschung 1996.

¹³ Cfr. la descripción en Schopenhauer 2006: 92-100 y Hellmann 2005: 227.

¹⁴ El 18 de octubre, el botánico y médico Franz Josef Schelver escribe a Goethe en una carta: “Sería especialmente deseable eliminar cuanto antes a los muertos de la zona, si se desea evitar un brote de fiebre pestilente” (Hellmann 2005: 77; cfr. 237).

Cada cual sólo pensaba en el propio peligro que le angustiaba, y en primer lugar buscaba seguridad para sí mismo y para los suyos, la preocupación por los desafortunados, también la devastación de la ciudad por el fuego quedaban relegados a un plano secundario (Schuster 2005: 203).

En Schopenhauer (2006: 108) se encuentra la siguiente observación: “[...] y esta es precisamente la cara más horrible del infortunio general, que hasta puede llegar a hacer que el ánimo de los mejores de entre nosotros se rebaje a este egoísmo”.

Un motivo definitivo para atender sólo a las propias necesidades lo constituía de forma evidente el hecho de que la población no había previsto nada con respecto a una situación excepcional de este tipo, cosa que se explicaba, entre otros motivos, porque Jena había dejado de ser escenario de confrontaciones bélicas desde el año 1626. Johann Danz, el primer cronista de los acontecimientos, escribió ya en 1809 en su *Ansicht der Stadt Jena in den Oktobertagen 1806 (Visión de la ciudad de Jena en los días de octubre de 1806)* lo siguiente:

Por mucho que nuestra ciudad estuviera aterrorizada desde hace varios siglos por la imagen de todo lo relacionado con la guerra, por ninguna parte se podía percibir ni un solo recuerdo, ni de las atrocidades cometidas en la guerra, ni de las narradas por testigos presenciales. Porque nadie se acordaba de lo que había sucedido en la Guerra de los Treinta Años, cuando el ejército del emperador saqueó la ciudad durante tres días bajo el mando del conde de Götzt; y ¿quién habría podido imaginarse después de 180 años, que la guerra es siempre guerra y que impone su afán devastador? La idea del saqueo resultaba para la mayoría tan lejana, y el asunto en sí tan improbable, que sólo una mínima parte había hecho algo en contra. Y, además, lo que se había hecho en contra, había resultado en general tan desatinado, tan poco calculado con respecto a la realidad, que sólo agravó la situación. El miedo, producido precisamente por este desconocimiento total de la guerra, hizo que la reflexión y la serenidad fueran tan escasas, que sólo algunos pudieran enfrentarse a los acontecimientos amenazadores con valentía y juicio. Se temía por todo: por la vida, si sólo estaba en peligro el dinero, por el cuerpo, si sólo estaba en peligro el vestido. Por ello tantas personas abandonaron sus hogares y abandonaron todo con tal de salvarse (citado según Hellmann 2005: 26, cfr. 229).

Dado que Jena permaneció durante tanto tiempo al margen de la guerra, ayuntamiento y ciudadanía habían escondido claramente la cabeza bajo tierra y, dado el caso, habían tomado medidas poco realistas. Cuando lo terrible hizo su aparición, el miedo fue demasiado poderoso y condujo a reacciones de pánico. Cosa que no excluye que existieran excepciones a dicha regla, como documenta la actitud decidida de Johann Wesselhöft y Karl Frommann¹⁵.

¹⁵ Cfr.: Hellmann 2005: 222-239.

IV

Pero, ¿cómo se comportaron la corte, los magistrados, la universidad y los ciudadanos adinerados, así como muy en particular los espíritus preclaros y qué aportaron en los días posteriores a la batalla? Ello dependió fundamentalmente de sus conocimientos de la lengua francesa, como se deduce de la siguiente manifestación de Johanna Schopenhauer: “Los que tenían mayores posibilidades de salir adelante eran aquellos que, como nosotros, además de tener el valor de no mostrar miedo alguno, conocían bien la lengua y las costumbres francesas; entre ellos se contaba Goethe [...]. Falk también salió adelante de esa manera, aunque habla mal francés y así otros tantos. [A nuestro vecino] le ayudamos, ya que en su casa nadie hablaba francés” (Schopenhauer 2006: 94-96).

Johanna Frommann confirma en su relato que los franceses en acuartelamiento forzoso se alegraban mucho de que “madame hablara francés” y añade: “El no entenderse constituye el inicio de la disputa y la guerra, eso mismo ocurría aquí; ahora me valía de algo poder hablar francés” (Hellmann 2005: 233; cfr. 26). Pero entre las instituciones encargadas del bien de la ciudad, sobre todo en el caso de las autoridades municipales y de la universidad, los conocimientos de francés dejaban mucho que desear. Tanto, que Karl Abraham Eichstädt, editor del *Allgemeine Literaturzeitung* y persona de confianza de Goethe, se ve obligado a hacerle saber a este lo siguiente el día 19 de octubre:

Lo que aumenta la tristeza de nuestra situación es que ni en la universidad ni en el ayuntamiento se puede encontrar a alguien que hable francés de manera adecuada y que poseyera la suficiente diplomacia. Los pocos que hablan francés han perdido el ánimo y la cabeza. Esto hace que las conversaciones con el comandante resulten tremendamente difíciles y no es milagro alguno que él mismo se disguste por ello.

¿No se nos podría enviar desde Weimar a un hombre tranquilo y dispuesto, provisto de autoridad francesa y alemana, que estuviera siempre al lado del comandante y quien, familiarizado con lo de aquí, ejecutaría los decretos y tomaría las medidas, que ahora es necesario adoptar en cuanto a los hospitales y demás? (citado según Hellmann 2005: 79-80)

Con respecto a los hospitales mencionados al final es necesario decir que en Jena, a diferencia de Weimar¹⁶, se mantuvo durante mucho tiempo el hospital militar (Hellmann 2005: 45), y que Eichstädt pide ayuda en la misma carta, dado que Jena no podía hacerse cargo de las “1000 libras en trapos” necesarias para la fabricación de vendajes. En lo que concierne a los conocimientos de francés es sorprendente a primera vista que en Jena, y especialmente en la universidad, no se encontrara a un hombre “tranquilo y dispuesto” con una competencia suficiente en francés. Naturalmente muchos catedráticos habían huído, pero también ello tiene que

¹⁶ Cfr.: Klaufß, J., *Der “Kunstmeyer“. Johann Heinrich Meyer: Freund und Orakel Goethes*. Weimar: Böhlau 2001: 129.

ver con el hecho de que el francés, junto con el italiano, el inglés y el español, pertenecía en la universidad al grupo de lenguas “exóticas” y sólo lo enseñaban los llamados “maestros en idiomas”, a diferencia de las lenguas formativas como eran el latín y el griego. Como el francés, por otro lado, dominaba en el ámbito de la diplomacia y de la cultura en las cortes de los principados, probablemente fuera más fácil encontrar en el entorno de la corte de Weimar a una persona de confianza con competencia en francés. Este estado de cosas se refleja en las reacciones de Christian Gottlob von Voigt y de Goethe a la demanda de Eichstädt: por una parte Voigt pregunta a Goethe si no se cuenta con maestros en idiomas en la universidad de Jena, por otra, intercambian los nombres de determinadas personas, que pudieran encargarse de dicha tarea (Tümmeler¹⁷ 1955: 134-136).

En cualquier caso la universidad de Jena no pudo ocupar esta posición decisiva de mediadora para poder cuidar de sus intereses en el marco del contacto permanente y necesario con el comandante francés de la ciudad. Sin embargo, no permaneció inactiva, aunque se limitó exclusivamente a gestiones oficiales¹⁸. Ya en la mañana del 13 de octubre, cuando las tropas de avance francesas se aproximaban a Jena, una delegación de la universidad se dirigió al comandante francés delante de la Puerta de Lobeda y le encomendó –en palabras de Johann Lanz (Hellmann 2005: 43-45)– “la ciudad, como sede de las artes y las ciencias, para su mayor protección”. Poco después presentó una petición escrita e intentó, aún en la misma noche, dejarla personalmente ante Napoleón, cosa que no logró hasta dos días más tarde, es decir, el 15 de octubre. Cortésmente, el emperador se refirió en este encuentro a los “catedráticos competentes” de Jena y prometió proteger la universidad y sus instalaciones. De hecho ya el 3 de noviembre se pudo reanudar la actividad docente (cfr. Hellmann 2005: 97-98 y 118). Esto resultó ser de significativa importancia dado que la ciudad y la universidad vivían esencialmente de los estudiantes, que habían huido¹⁹ y que urgía recuperar.

Es difícil juzgar si el proceder de la universidad fue adecuado en tales circunstancias o si se podría haber actuado aún de una forma más exitosa. Desde el punto de vista de los coetáneos parece que ningún catedrático se significó por tener una sensatez vital especial o una actitud resuelta. Karl Ludwig von Knebel por lo menos, que fue oficial y educador del príncipe en Weimar –además de antiguo amigo de Goethe y personalidad distinguida (Hellmann 2005: 107)– el cual se había disfrazado de catedrático y se había ganado el respeto y la protección de los franceses debido a su intrépida actuación, expone a los miembros del claustro el 24 de octubre en una carta dirigida a Goethe un testimonio poco lisonjero:

¹⁷ Tümmeler, H. (ed.), *Goethes Briefwechsel mit Christian Gottlob Voigt*. Tomo III, Weimar: Böhlau 1955.

¹⁸ Cfr. Hellmann 2005: 43-44 y 78-79 así como Fesser, G. / Jonscher, R. 1998: 86-88 y Schuster 2005: 239-240.

¹⁹ Johann Jacob Griesbach habla de la “disolución absoluta de la universidad debido a la huida de casi todos los estudiantes, los cuales, en gran parte, también habían sido saqueados” (Hellmann 2005: 73; cfr. 75, 78 y 80).

Uno no se puede hacer ni idea de la perversidad de una gran parte de los que pertenecen a la universidad, así como de su incapacidad y estupidez. Ni uno se pudo mostrar como un hombre. Los problemas con ellos y con sus propios criados eran inmensos, y todo en esta ciudad estaba organizado de manera miserable (Hellmann 2005: 94, cfr. 102)²⁰.

En este contexto resultan muy interesantes las reacciones a la circular de Goethe del 18 de octubre a los “Amigos de Jena”²¹ en la que solicita información acerca de cómo había superado cada uno de ellos los días anteriores. Aunque las respuestas de unos y de otros no podían haber sido cotejadas entre ellos mismos, cada postura tiene que ver casi sin excepción con temores personales al fuego, saqueos, acuartelamientos, así como el miedo al hambre y a la sed. Sólo Karl Frommann precisa también hablar acerca de lo común:

Es enorme la carencia de pan, carne, pescado, luz, productos de todo tipo (sólo un comerciante, un tal Schäfer, se libró del saqueo), caballos, forraje. Durante dos o tres días muchas personas no han tenido siquiera un pedazo de pan que llevarse a la boca. Ojalá se solucionen cuanto antes las necesidades más urgentes (Hellmann 2005: 80).

También se alude casi exclusivamente al problema que probablemente fuera el mayor en las primeras semanas tras la batalla, a saber, el abastecimiento de los heridos²², bajo la perspectiva de las vicisitudes personales adicionales generadas por todo ello. Una semana después de la batalla, el 21 de octubre, el alcaide de Jena informa a Goethe:

Definitivamente, todo el hospital militar francés viene al castillo. Seguro que en ese caso no puedo salvar el resto de las camas señoriales. Todas las estancias y cámaras en los edificios principal y anejos han sido requeridos para el hospital,

²⁰ Christian Gottlob Voigt condena el 2 de noviembre frente a Goethe el comportamiento de dos profesores de la universidad de Jena y expresa disgusto: “¡Ojalá alguien pudiera inocular a estos catedráticos tan sólo la razón humana más común!” (Tümmler 1955: 139-140). Ya el 20 o el 21 de octubre había criticado Goethe por su parte con respecto a Voigt el “estado anárquico de la ciudad de Jena” que existía desde hacía tiempo (Tümmler 1955: 136). En la respuesta a vuelta de correo a la carta de Knebel le confirma su opinión del ayuntamiento de Jena: “Era previsible que la administración pútrida de Jena en esta ocasión se resquebrajara. No se puede imaginar municipio llevado de manera más lastimosa. Sé lo que suponía para mí mantener las escasas instituciones bajo mi mando como miembros sanos dentro de un cuerpo moribundo” (Hellmann 2005: 95).

²¹ Cfr. Hellmann 2005: 71-107 y Nowak / Hellmann 2005: 51-52.

²² El 1 de noviembre Goethe escribe a su amigo Knebel: “Esperamos que pronto vuelvan a llegar buenas noticias tuyas y de Jena : porque lamentablemente escucho que estáis aún desbordados por los heridos.” (Hellmann 2005: 101). En Nowak/Hellmann se dice lo siguiente: “Hasta finales del año 1806 hubo numerosos soldados heridos en los lazaretos de la ciudad. Para la asistencia a los heridos el comandante de la ciudad implicó también a la población civil. Para el transporte y la asistencia la ciudad tuvo que contar con cientos de ciudadanos a diario. Por todas partes había calderas encendidas, para tapar el olor a sangre y muerte y con el fin de evitar las epidemias. Los heridos leves y los soldados repuestos se alojaban en las casas de los ciudadanos y se les cuidaba. La iglesia de la ciudad, que era el mayor lazareto, se pudo utilizar de nuevo para oficiar misas el 21 de junio de 1807” (Nowak/Hellmann 2005: 49).

y los museos y la biblioteca corren el riesgo de ser evacuados para hacer de ellos salas de enfermos (Hellmann 2005: 90; cfr. 102).

Un día más tarde, el catedrático y director de la sociedad de mineralogía, Johann Georg Lenz valora muy parcialmente lo que el administrador subalterno del castillo expone aún de manera neutral. Habla de la “noticia fatal, de que el castillo ducal se disponga realmente para ser un hospital, para lo que yo también he de contribuir con una cama y con paja. Un sobresalto sigue a otro” (Hellmann 2005: 89). Dos días más tarde añade en otro informe a Goethe y sin comentario alguno la siguiente notificación: “En ambas alas centrales del castillo ducal hay ochenta y cuatro camas. Una gran cantidad de franceses fallecen diariamente y hoy fue enterrado un príncipe francés” (Hellmann 2005: 89).

V

Desde un punto de vista actual parece que algo no coincide: de los miles de heridos que son transportados a Jena y a Weimar, sólo una fracción puede ser atendida médicamente de cualquier manera y los que fallecen a diario sin poder ser enterrados son tantos que se teme por la aparición de epidemias. A pesar de esto, en las cartas presentadas se habla casi exclusivamente del perjuicio que se deriva de ello para los hogares privados. Eso llama la atención, aunque no se trate aquí de censurar este comportamiento desde una distancia temporal de doscientos años, tampoco en el caso del botánico y médico de Jena Franz Joseph Schelver, quien, en lugar de actuar allí donde la necesidad era mayor, acepta la oferta que le hace un superior francés herido, de acompañarle a Frankfurt en calidad de su médico personal (cfr. Hellmann 2005: 75-77 y 84, así como Tümmler 1955: 133 y 136-137). En cualquier caso su comportamiento no queda disculpado por el hecho de que su vivienda sea saqueada, de que a él mismo se le robe, de que sus colecciones de plantas sean destruidas y sus libros utilizados para hacer fuego, hechos que hacen que se entienda que él estuviera totalmente extenuado, sino porque en este entonces el enfrentamiento a los sufrimientos de los soldados heridos era condicionado por unas premisas mentales, que hoy en día no tienen vigor alguno y que han de reconstruirse si se pretende llegar a lograr una comprensión históricamente más certera de los acontecimientos.

Una primera premisa histórica concierne a la actitud consciente o inconsciente de los ciudadanos cuya existencia no dependía de la victoria de un ejército o de otro. Desde el punto de vista de la población en Jena y sus alrededores no se luchó por las propias convicciones y contra un enemigo u opresor odiado (See/Wiessner²³ 2006: 19), aun cuando el duque de Weimar se hubiera batido con un pequeño contingente de soldados del lado de Prusia (cfr. Schuster 2005: 214). No existía una identificación general con los prusianos, sino que se simpatizaba, como Hegel, tam-

²³ Vid. nota 2.

bién con Napoleón. En cualquier caso predominaba el sentimiento de que Jena se había convertido por pura casualidad en el escenario de una decisión histórica mundial, que también habría podido ocurrir en cualquier otro lugar (cfr. Luden 2006: 24-26 y Schopenhauer 2006: 76). Por lo tanto no se habla en los documentos de amigos y enemigos, o de ‘nuestro’ asunto frente a los intereses del emperador. Mucho más aparecen metáforas neutrales como “tempestad” (Emde²⁴ 2004: 894), “tormenta bélica” (Hellmann 2005: 222), “tormenta de la batalla” (39; cfr. 228) o en Goethe “la tormenta, que precede al arco iris” (91); en otro lugar Goethe menciona la “gran inundación, que ha pasado sobre nosotros” (100), y en su circular del 18 de octubre llama a la batalla este “triste suceso” (73). Johann Danz habla de “fatalidad” (43), Johanna Frommann se refiere a ello como “la desgracia de Jena, que fue denominada por un conocido del Rin como la fiebre abrasadora” (237), y el vicerrector de la universidad se sirve en su proclama del 25 de octubre, con la que en cualquier caso se persigue el objetivo de tranquilizar a los estudiantes huidos de Jena y de animarlos a su regreso, de la fórmula pálida de la “desgracia inevitable de la guerra” (98).

Probablemente tal ausencia de identificación con los acontecimientos representa una explicación suficiente del hecho de que los espíritus preclaros en Weimar y en Jena no hayan tematizado realmente la batalla en sus obras respectivas, según el conocimiento que tengo de ello. Tal vez lo habría hecho Herder, fallecido casi tres años antes o, con una probabilidad mayor, Schiller, muerto en 1805. Goethe en todo caso no lo hizo, sino que poco tiempo después se casó con Christiane Vulpius, que le preservó a él y a su hogar de desgracias debido a su resuelta presencia, y que en las alianzas grabó la fecha 14.10.1806 (Hellmann 2005: 85), lo cual puede considerarse como un indicio de que entendió los acontecimientos, por una parte, como destino y casualidad, y, por otra, como prueba de carácter. Contra una tormenta, una marea o un terremoto nadie se puede proteger, pero sí que tiene que hacer lo posible para impedir lo peor con una prudencia y actitud decididas.

VI

Seguramente, en caso de tormenta, marea o terremoto se trata de salvar la propia vida o la de los suyos, de proteger su fortuna y bienes, así como, en caso de ser posible, de ayudar a otros afectados. Exactamente así ocurrió en Weimar y en Jena. Sin embargo, las metáforas “tormenta, marea y terremoto” disimulan parte de la realidad, es decir, que en una batalla los que actúan son hombres como los propios hijos, maridos y padres, y que estos también, después de otra batalla, podrían verse entregados a una muerte evitable, como ocurrió en miles de casos el 14 de octubre de 1806. Tales reflexiones no determinaban ni el comportamiento de los supervivientes ni desempeñaban papel alguno en los informes de los testigos de la época.

²⁴ Emde, R. B., *Selbstinszenierungen im klassischen Weimar: Caroline Jagemann*. Tomo II: *Briefwechsel, Dokumente, Reflexionen*. Göttingen: Wallenstein 2004.

Evidentemente, la miseria de los soldados heridos fue concebida como un tipo de riesgo profesional, es decir, el ser soldado era una identidad que no sólo se componía de elementos como la lealtad, la disciplina, el ademán, el honor, el poder sobre los otros y la libertad moral, sino también de privación, hambre y sed, así como de la ‘honrosa muerte en el campo de batalla’ y de quedarse abandonado al propio destino como herido con el consiguiente padecimiento y fallecimiento sin sentido. Permanecer sin atención médica y sin cuidado era a fin de cuentas ‘normal’ para un soldado, y nadie fue denunciado a causa de la no prestación de ayuda.

Los soldados aceptaron por su parte, por lo menos mientras no se contaran entre los heridos, la coexistencia independiente de cada aspecto de su profesión, como señala el cronista oriundo de Naumburg acerca de los acontecimientos del 14 de octubre que, como se ha dicho, se parecen mucho a los de Jena:

Toda la zona rodeada de llamas, la ardiente Auerstedt, los numerosos focos cerca de los muros de la iglesia, el espectáculo de los miles de heridos procedentes del pueblo de Altenburg que llegaban dando trapiés o que eran transportados medio muertos, los lamentos estremecedores, las maldiciones, los suspiros de los heridos graves en las manos de los médicos, la invasión de los soldados hambrientos en las casas: todo ello hizo de aquella noche una de las más horribles; aunque para el observador sensible la escena más indignante y cruel fue la que protagonizaron en una misma casa un soldado que agonizaba y otro que saqueaba; junto a los enfermos y moribundos había otros sanos y lozanos que andaban de parranda cantando el botín, sin preocuparse en absoluto de sus desdichados hermanos, el pobre burgués y su esposa lloraban y pasaban hambre, mientras los alojados cometían vilezas (Hellmann 2005: 59).

Incluso si hay que partir de la idea de que en principio también los soldados heridos o moribundos asumían el abandono inhumano, entra en juego aquí una perspectiva distinta. El cronista, un clérigo, habla de que la escena que describe en la casa ocupada fue indignante y cruel “para el observador sensible” y él llama a los soldados agonizantes los hermanos desdichados de aquellos que parrandeaban y contaban el botín junto a ellos. Ello contradice la norma aceptada socialmente de la vida “ruda” de la soldadesca, mientras reclama de manera implícita y desde su perspectiva una compasión que esté por encima de todo.

Ejemplos de tal compasión hacia los heridos también se dieron en aquel momento por parte de algunos ciudadanos y especialmente por parte de mujeres²⁵. Sin embargo, la misma Johanna Frommann, que alojó en su propia casa a heridos, además de las más de cien personas allí destinadas, y que cuida personalmente a uno de ellos durante muchas semanas, se alegra en determinados momentos de ocio de que sus hijos invadan “toda la estancia con casitas, muñecos y huestes de plomo”. Ella

²⁵ En este sentido se expresan Johanna Schopenhauer y Johannes Falk en lo que respecta a Weimar (Schopenhauer 2006: 105-106 y Schuster 2005: 252) así como el tipógrafo Wesselhöft y su hermana Johanna Frommann con respecto a Jena (Hellmann 2005: 227 y 237; cfr. también Luden 2006: 43 y 52-54). Para Naumburg cfr. cita nota a pie de pág. 8.

los bendice y tal espectáculo le resulta un gran alivio (Hellmann 2005: 234; cfr. 236). La contradicción entre el horror de la guerra vivido a flor de piel por un lado, y el hecho de que los niños puedan pensar en conflictos bélicos por otro, apenas se notó en aquel momento. Para el pensamiento pacifista, aquel tiempo aún no estaba lo suficientemente maduro, hecho que resulta obvio, porque es justamente aquí cuando nace la idea de las ‘naciones’ que será causa de guerras aún más crueles.

VII

Lo que, sin embargo, debería haber aparecido en vista de la concentración de miseria que sigue a la batalla, por un lado, y la condensación de pensamiento crítico en Weimar y Jena, por otro, era una iniciativa, como la que medio siglo más tarde concibiría Henry Dunant²⁶ después de la batalla de Solferino (1859) a la vista de situaciones igual de indignas desde el punto de vista humano, debido a la insuficiente atención médica de los heridos. Su exposición de los sucesos catastróficos de los que él fue testigo ocular en el libro *Un souvenir de Solferino* (1862) y el hecho de que este libro cayese en manos de los poderosos, hicieron posible que en 1863 se fundara la Cruz Roja así como que tuviera lugar en 1864 la firma de la Convención de Ginebra.

En Weimar-Jena no se llegó a una iniciativa tal, como ya se ha dicho, pero hubo sin embargo un primer paso en ese sentido. Y ciertamente en la persona del ya mencionado Johannes Daniel Falk, de Weimar, un escritor libre que, tras la batalla, fue uno de los primeros en preocuparse de manera resuelta por los heridos (Schopenhauer 2006: 105-106 y Schuster 2005: 252), y que consiguió después, como secretario e intérprete del comandante francés en Weimar, grandes méritos en cuanto a la protección de esta ciudad, debido a lo cual fue nombrado por el Gran Duque Consejero de Legación, además de asignarle una remuneración anual (cfr. Falk 1868: 32-37 y Hellmann 2005: 123). Tras más experiencias bélicas y otros golpes del destino Falk fundó en 1813 en Weimar la “Sociedad de los amigos en la necesidad” (Gesellschaft der Freunde in der Not) que, sobre todo, se hizo cargo de niños huérfanos y abandonados como consecuencia de la guerra y que les facilitó una educación escolar y profesional. Primeramente se creó una institución privada que, a partir de 1829 fue pública, el “Instituto Falk”, el cual continuó existiendo hasta el final de la II Guerra Mundial²⁷ y convirtió a Falk en fundador de la asistencia social en Alemania. Con el trasfondo de las batallas de Jena, Lützen y Leipzig, Falk publicó en 1815 su *Kriegsbüchlein*²⁸ del que procede la descripción de la situación desola-

²⁶ Dunant, H., *Un souvenir de Solferino*. Genf: Fick 1862.

²⁷ El Instituto Falk se refundó en 1998 en Weimar con el nombre de “Sociedad Johannes Falk de amigos en la desgracia” (Luthergasse 1, 99423 Weimar. Para más información al respecto vid. [www. Johannes-falkverein.de](http://www.Johannes-falkverein.de)).

²⁸ Falk, J.D., *Kriegsbüchlein Darstellung der Kriegsdrangsale Weimar's in dem Zeitraum von 1806-1813, nach den Schlachten von Jena, Lützen und Leipzig*. Weimar: Hoffmann 1815.

dora en el lazareto de Weimar a la que se hace referencia en el párrafo II²⁹. Se trata de un libro que, junto con otros escritos de Falk merecería un estudio más detenido desde los puntos de vista tratados aquí³⁰.

De todo ello resulta que, a partir de 1813, Johannes Falk fue de alguna manera un precursor de Henry Dunant³¹. También se deriva de ello que la urgencia de ayuda humanitaria para cubrir las necesidades producidas por las batallas se hizo patente ya en 1806 en toda su crudeza, pero que esto no desencadenó ni un solo debate público ni iniciativas concretas como la de Falk entre los espíritus preclaros de Weimar y de Jena.

²⁹ Junto a otras muchas descripciones de los horrores de la guerra se encuentra en la página 195 la siguiente caracterización de la situación en Weimar tras la batalla de Lützen (2 de mayo de 1813): “Yo mismo [...] he arrimado el hombro y ayudado a descargar a hombres medio muertos y moribundos de los carros y a confortarlos. Porque, como en todas partes, también aquí faltaban no los inútiles curiosos, pero sí los samaritanos piadosos y caritativos. La medida en la que la miseria invadió todo sin límites, se puede deducir por el hecho de que los franceses no tuvieron la más mínima intención de fundar un lazareto en Weimar. Así llegaron a Weimar personas cuyas heridas abiertas carecían de vendajes que los aliviaran, tres días después de librada la batalla de Lützen”. El archivo de Goethe y Schiller en Weimar posee cartas inéditas de Caroline, esposa de Falk, en las cuales relata su visión de la guerra, de la ocupación de Weimar en el año 1806, así como de numerosas violaciones (cfr. Dietsch, I., *Da fühlst du einmal meine Last. Vom Alltag der Caroline Falk in Weimar 1797-1841*. Weimar: Wartburg 2003: 73).

³⁰ Acerca de Falk cfr. sobre todo el *Biographisch-Bibliographisches Kirchenlexikon*. Tomo I. Hamm: Bautz 1990, columnas 1593-1597, y la bibliografía que aparece ahí.

³¹ El compromiso humanitario concreto de Falk se desarrolla de manera paralela a la actividad auxiliar de las “asociaciones de mujeres” que ya desde hace algún tiempo se consideran precursoras de las asociaciones de la Cruz Roja en Alemania (Riesenberger, D., *Das Deutsche Rote Kreuz. Eine Geschichte, 1864-1990*. Paderborn: Schöningh [et. al] 2002: 27; cfr. las investigaciones de Gurlt 1873 y Reker, D.A., *Frauenbewegung und Nation. Patriotische Frauenvereine in Deutschland im frühen 19. Jahrhundert (1813-1830)*. Köln: Hirzel 1998 al respecto).